

cos, las cariátides se encorvan en todas las posturas de la rabia, del dolor y de la fatiga. Estas doblan la cabeza, aquellas medio se vuelven, algunas colocan en sus caderas sus dos manos crispadas, ó comprimen su pecho hinchado, próximo á estallar; hay Hércules desdeñosos que sostienen una casa de seis pisos con un solo hombro y amenazan con el puño á las gentes; hay tristes Vulcanos jorobados que se apoyan en sus rodillas, ó desgraciadas sirenas cuya cola escamada se aplasta horrorosamente entre las piedras angulares; hay quimeras exasperadas que se muerden las unas á las otras con furor; otras lloran, otras rien con amarga risa, otras hacen muecas espantosas á los que pasan. He notado que muchas salas de taberna, en las que resuenan aun los choques de los vasos, están colocadas sin equilibrio sobre las cariátides. Parece que la gente vieja y libertina de Francfort tiene la humorada de celebrar sus francachelas sobre esas estatuas dolientes.

La más horrible pesadilla que se puede tener en Francfort no es la invasión de los rusos, ni la irrupción de los franceses, ni la guerra europea devastando el país, ni las antiguas guerras civiles desgarrando de nuevo los cuarteles de la ciudad, ni el tifus, ni el cólera; es el despertar, el desencadenamiento y la venganza de las cariátides.

Una de las curiosidades de Francfort, que desaparecerá en breve, así me lo temo, es el matadero. Ocupa dos antiguas calles. Es imposible ver casas más viejas ni más negras acercarse á un montón más espléndido de carne fresca. Yo no sé qué aspecto de jovialidad glotona está impreso en esas fachadas, extravagantemente cubiertas de pizarras y esculturas, cuyo piso bajo parece devorar, como una boca profunda abierta cuan grande es, innumerables cuartos de bueyes y de carneros. Los carniceros teñidos en sangre y las carniceras con sus colores rosados hablan graciosamente debajo de guirnalda de piernas de carnero. Un arroyo rojo, que dos surtidores de agua apenas modifican el color, corre y humea por medio de la calle. En el momento en que yo pasaba, gritos espantosos poblaban los aires. Inexorables mozos dedicados al degüello de reses, con figuras herodianas, estaban haciendo allí una degollación de cochinitos. Las criadas con su cesta al brazo reían entre aquella batahola. Hay emociones ridículas que no se deben dejar

adivinar; sin embargo, confieso que si hubiese sabido qué hacer de un pobrecito cochinito que un carnicero llevaba delante de mí sujeto por las dos patas traseras y que no gritaba, ignorando lo que se iba á hacer con él y no comprendiendo nada del asunto, lo habría comprado y salvado. Una preciosa niña de cuatro años, que como yo le examinaba atentamente con compasión, parecía estimularme con la mirada á que llevase adelante mi propósito. Yo no hice lo que aquellos ojos encantadores me decían, yo desobedecí aquella dulce mirada, y me lo reprocho. Una soberbia y grandiosa muestra dorada, sostenida por su hierro, la más bella y la más rica del mundo, compuesta de todos los emblemas del gremio de los carniceros y adornada con la corona imperial, domina y completa ese magnífico matadero digno de París en la Edad Media, y ante el cual, positivamente, se hubiesen embobado Calatapirone en el siglo quince y Rabelais en el diez y seis.

El matadero desemboca en una plaza de mediana extensión, digna de Flandes, y que merecería ser celebrada y admirada aun después de conocido el Viejo Mercado de Bruselas. Es una de esas plazas trapecios, alrededor de los cuales todos los estilos y todos los caprichos de la arquitectura burguesa de la Edad Media y del Renacimiento se levantan, representados por casas modelos, donde, según la época y el punto, la ornamentación ha empleado por todas partes, con una oportunidad prodigiosa, la pizarra como la piedra, el plomo como la madera. Cada fachada tiene un valor aparte, y concurre al mismo tiempo á la composición y armonía general de la plaza. En Francfort, como en Bruselas, dos ó tres casas nuevas, de la más estúpida apariencia y que tienen un aspecto parecido al de dos ó tres imbéciles en una asamblea de hombres de ingenio, perjudican el conjunto de la plaza y realzan la belleza de los viejos edificios vecinos. Una maravillosa casucha del siglo quince, compuesta, ignoro por qué costumbre, de una nave de iglesia y una torre de consejo, llena con su soberbia y elegante silueta uno de los lados del trapecio. Hacia la mitad de la plaza, en sitios cualesquiera, pues evidentemente no hay designada ninguna simetría, han germinado, como dos zarzales animados, dos fuentes, una del Renacimiento y otra del siglo diez y ocho. Sobre estas dos fuentes se hallan y se avergüenzan, por un azar singular, de pié cada una en la cima de su columna,

Minerva y Judit, la virgen homérica y la virgen bíblica, la una con la cabeza de Medusa y la otra con la cabeza de Holofernes.

Judit, bella, altanera y encantadora, rodeada de cuatro faunas-sirenas que soplan á sus piés con trompetas, es una heroica muchacha del Renacimiento. No tiene ya la cabeza de Holofernes, que levantaba con la mano izquierda, pero conserva todavía la espada en su mano derecha, y su vestido, empujado por el viento, se levanta por encima de su rodilla de mármol y descubre su pierna fina y firme, con la corva más vigorosa que se pueda imaginar.

Algunos que intentan explicarlo todo pretenden que esta estatua representa la Justicia, y que lo que tenía en la mano no era la cabeza de Holofernes, sino una balanza. Yo no creo nada de esto.

Una Justicia que tuviera la balanza en la mano izquierda y la espada en la mano derecha sería la Injusticia. Por otra parte, la Justicia no tiene el derecho de ser ni tan hermosa, ni de levantar tanto las faldas.

Frente por frente de esta figura se elevan, con su cuadrante negro y sus cinco imponentes ventanas de desigual altura, los tres remates angulares justapuestos del Roemer.

En el Roemer se elegía á los emperadores, en esta plaza se les proclamaba.

También se celebraban y se celebran en esta plaza las dos famosas ferias de Francfort, la feria de Setiembre, instituida en 1240 por concesión de Federico II, y la feria de Pascuas, establecida en 1330 por Luis de Baviera. Las ferias han sobrevivido á los emperadores y al imperio.

Entré en el Roemer.

Después de haber andado al azar sin encontrar á nadie por una gran sala baja y desigual, abovedada en forma de ojiva y obstruida con barracas de la feria, después entré por una ancha escalera de tramos del tiempo de Luis XIII y tapizada de malos cuadros sin marcos, luego por un sinnúmero de corredores y peladaos oscuros, y á fuerza de llamar en todas las puertas, acabé por encontrar una criada, que al oír esta palabra, *Kaisersaal*, cogió una llave de un clavo en la cocina y me condujo á la sala de los emperadores.

La intrépida muchacha, sonriendo, me hizo pasar desde luego por la sala de los electores, que sirve hoy, según creo, para celebrar sus sesiones la alta Cámara de

la ciudad de Francfort. En ella es donde los electores ó sus delegados declaraban entre sí al emperador rey de los romanos. En un sillón entre las dos ventanas presidía el arzobispo de Maguncia. Después seguían por orden sentados alrededor de una inmensa mesa cubierta de cuero rojizo, cada uno por debajo de su blason pintado en el cielo raso, á la derecha del arzobispo de Maguncia, Tréveris, Bohemia y Sajonia; á su izquierda, Colonia, el Palatinado y Brandeburgo, y enfrente Brunswick y Baviera. El transeunte experimenta la impresión que producen las cosas sencillas que contienen grandes cosas cuando vé y toca el cuero rojo y lleno de polvo de esa mesa en donde se nombraba el emperador de Alemania. Por lo demás, y haciendo abstracción de la mesa, que se ha transportado á una sala vecina, la sala de los electores está hoy en el mismo estado que tenía en el siglo diez y siete. Los nueve blasones del cielo raso sirviendo de marco á un mal fresco, una tapicería de damasco rojo, adornos de arquitectura en forma de candelabros de cobre plateado figurando personajes ilustres, un gran espejo de molduras torneadas, enfrente del cual se puso en el siglo último un retrato de cuerpo entero de José II; por encima de la puerta un entrepaño y un retrato de ese último de los nietos de Carlo-Magno, que murió en 910, en el momento de reinar, y que los alemanes llaman *el Niño*. Nada más. El conjunto es austero, serio, tranquilo, y excita más el pensamiento que la mirada.

Después de la sala de los electores he visto la sala de los emperadores.

En el siglo catorce, á los comerciantes lombardos que han legado su nombre al Roemer, y que tenían en él tienda, se les ocurrió rodear la gran sala de nichos á fin de colocar allí sus mercancías. Un arquitecto, cuyo nombre se ha perdido, midió el circuito de la sala y construyó cuarenta y cinco nichos. En 1564, Maximiliano II fué elegido en Francfort y presentado al pueblo desde el balcón de esta sala, que, á partir de Maximiliano II, se llamó el *Kaisersaal* y sirvió para la proclamación de los emperadores. Se pensó entonces en decorarla, y el primer pensamiento que se tuvo fué instalar en los nichos abiertos alrededor del mercado imperial los retratos de todos los Césares alemanes elegidos y coronados desde la extinción de la raza de Carlo-Magno, reservando á los Césares futuros los nichos vacantes. Solamente desde

Conrado I, en 911, hasta Fernando I, en 1556, habían sido ya consagrados treinta y seis emperadores en Aix-la-Chapelle. Uniendo á ellos el nuevo rey de los romanos, no quedaban más que ocho nichos vacíos para el porvenir. Era muy poco. Sin embargo, se ejecutó el pensamiento y se prometió agrandar la sala cuando lo exigiese la necesidad. Las celdillas se iban llenando poco á poco, á cuatro emperadores próximamente por siglo. En 1764, cuando José II subió al trono imperial sacro-cesáreo, no quedaba más que un lugar vacío. Se pensó de nuevo seriamente en prolongar el Kaisersaal y añadir nuevas celdillas á los compartimientos preparados cinco siglos antes por el arquitecto de los comerciantes lombardos. En 1794, Francisco II, el cuadragésimo-quinto rey de los romanos, vino á ocupar la cuadragésima-quinta celdilla. Era el último nicho, fué el último emperador. La sala completamente llena, el imperio germánico se desplomó.

Este arquitecto desconocido era el destino; esta sala misteriosa de las cuarenta y cinco celdas es la historia misma de Alemania, que, la raza de Carlo-Magno extinguida, no debía contener más que cuarenta y cinco emperadores.

Allí, en efecto, en esa sala oblonga, vasta, fría, casi oscura, obstruida en uno de sus ángulos con muebles de desecho, entre los cuales ví la mesa de cuero de los electores, iluminada apenas en su extremo oriental por las cinco estrechas ventanas desiguales que se alzan en forma de pirámide en direccion del remate exterior, entre cuatro altas paredes cargadas de frescos borrados, bajo una bóveda de madera con molduras, en otro tiempo doradas, solos en una especie de penumbra que se asemeja al principio del olvido, todos groseramente pintados y amoldados en busto de bronce, cuyo pedestal lleva las dos fechas que abren y cierran cada reinado, los unos cubiertos de laureles como césares romanos, los otros adornados con la diadema germánica; allí se miran de reojo los unos á los otros silenciosamente, cada uno en su sombría ojiva: los tres Conrados, los siete Enriques, los cuatro Otones, el único Lotario, los cuatro Federicos, el único Felipe, los dos Rodolfos, el único Adolfo, los dos Albertos, el único Luis, los cuatro Carlos, el único Wenceslao, el único Roberto, el único Segismundo, los dos Maximilianos, los tres Fernandos, el único Matías, los dos Leopoldos, los dos Josés, los dos Franciscos, los cuarenta

y cinco fantasmas que durante nueve siglos, de 911 á 1806, han atravesado la historia del mundo, con la espada de San Pedro en una mano y el globo de Carlo-Magno en la otra.

En el extremo opuesto á las cinco ventanas, cerca de la bóveda, se ennegrece y se desconcha una mediana pintura que representa el Juicio de Salomon.

Cuando los electores concluían de designar el emperador, el Senado de Francfort se reunía en esta sala; los vecinos, divididos en catorce secciones, segun los catorce cuarteles de la ciudad, se juntaban fuera en la plaza. Entonces se abrían las cinco ventanas del Kaisersaal, haciendo frente al pueblo. La gran ventana, la del medio, tenía ornada la parte superior con un dosel y estaba vacía. En la ventana intermedia de la derecha, adornada con un balcon de hierro negro, desde el cual he divisado el camino de Maguncia, aparecía el emperador solo, en traje de ceremonia y con la corona en la cabeza. A su derecha tenía, reunidos en la ventana pequeña, los tres electores-arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia. En las otras dos ventanas, á la izquierda de la gran ventana vacía, se colocaban: en la mediana, Bohemia, Baviera y el palatino del Rhin; y en la pequeña, Sajonia, Brunswich y Brandeburgo. En la plaza, delante la fachada del Rœmer, en medio de un vasto cuadrado vacío rodeado de guardias, había un gran monton de avena, una urna llena de monedas de oro y de plata, una mesa con un lavabo de plata y una botella de plata sobredorada, y otra mesa sobre la cual había un buey entero asado. En el momento en que aparecía el emperador, las trompetas y los címbalos sonaban, y el archimariscal del santo imperio, el archicanciller, el archicopero, el architesorero y el architrinchante entraban como cortejo en la plaza. En medio de las aclamaciones y de las marchas militares, el archimariscal, á caballo, subía en el monton de avena hasta la cincha de la silla y allí llenaba una vasija de plata; el archicanciller cogía el lavabo de la mesa; el archicopero llenaba de vino y de agua la botella de plata sobredorada; el architesorero sacaba monedas de la urna y las arrojaba al pueblo á manos llenas, y el architrinchante cortaba un pedazo de buey asado. En aquel momento surgía el gran refrendario del imperio, que proclamaba en alta voz al nuevo César y leía la fórmula del jura-

mento. Cuando terminaba, el Senado en la sala y los vecinos en la plaza respondían gravemente: *Sí*. Durante la prestación del juramento, el nuevo emperador, ya temible, se quitaba la corona y empuñaba la espada.

Desde 1564 á 1794, esta plaza hoy ignorada, esta sala hoy desierta, han visto nueve veces esta ceremonia majestuosa.

Los grandes cargos del imperio eran hereditariamente transmitidos á los electores y desempeñados por delegados. En la Edad Media, las monarquías secundarias tenían como insigne honor y como buena política ocupar los grandes cargos de los dos imperios que habían reemplazado al imperio romano. Cada príncipe gravitaba sobre el centro imperial más próximo que tenía. El rey de Bohemia era archicopero del imperio de Alemania; el dux de Venecia era protospartario del imperio de Oriente.

Después de la proclamacion del Rœmer venía la coronacion en la colegiata.

Yo seguí el ceremonial. Saliendo del Kaisersaal fuí á la iglesia.

La iglesia colegiata de Francfort, dedicada á San Bartolomé, se compone de una doble nave-crucero del siglo catorce, por encima de la cual se eleva una hermosa torre del siglo quince, desgraciadamente no concluida. La iglesia y la torre están hechas con un magnífico asperon rojo ennegrecido y emmohecido por los años. Tan solo el interior está revocado.

Aun encontramos aquí una iglesia belga. Paredes blancas, nada de vidrios; un rico mobiliario de altares esculpidos, de tumbas adornadas de colores, de cuadros y de bajo-relieves. En las naves, severos caballeros de mármol, obispos con grandes mostachos del tiempo de Gustavo Adolfo, que tienen cabezas de lansquenetes; admirables cimbalillos de piedra, calados y retocados por las hadas; magníficos luminaires de cobre, que recuerdan la lámpara del *Alquimista* de Gerardo Dow; un *Cristo en el sepulcro* pintado en el siglo catorce, una *Virgen en el lecho de muerte*, esculpida en el siglo quince.

En el coro, curiosos frescos, horribles con San Bartolomé, encantadores con la Magdalena; un rudo y salvaje entablamento trabajado allá por los años de 1400; ensambladuras y frescos regalados por el caballero de Ingelheim, que se ha hecho pintar de rodillas en un rincón. En las paredes una coleccion com-

pleta de esos morriones raros y de esas cimbras espantosas propias de la caballería germánica, colgados de los clavos como los cazos y las espumaderas de una batería de cocina. Cerca de la puerta, uno de esos enormes relojes que parecen una casa de dos pisos, una obra en tres tomos, un poema en veinte cantos, un mundo. Arriba, en un ancho frontis flamenco, se espacia el cuadrante del día; abajo, en el fondo de una especie de caverna, donde se mueven, confundidos en las tinieblas, una multitud de hilos gruesos que se tomarían por entenas de insectos monstruosos, resplandece misteriosamente el cuadrante del año. Las horas giran por arriba, las estaciones marchan por abajo. El sol en su gloria de rayos dorados, la luna blanca y negra, las estrellas sobre fondo azul, operan evoluciones complicadas, las que hacen girar al otro extremo del reloj una serie de cuadritos donde los estudiantes patinan, los viejos se calientan, los aldeanos siegan y las pastoras cogen flores. Máximas y sentencias un poco detenidas relucen en el cielo á la claridad de las estrellas, un poco desdoradas. Cada vez que la aguja señala una cifra, las puertas se abren y se cierran en el frontis del reloj, y muñecos armados de martillos salen ó entran bruscamente y tocan la hora en el timbre, ejecutando pírricos extravagantes. Todo esto vive, palpita y suena en la misma pared de la iglesia, con el ruido que haría un cachalote encerrado en el gran tonel de Heidelberg.

Esta colegiata posee una admirable *Crucifixion* de Van Dyck. Alberto Durero y Rubens tiene allí cada uno un cuadro, un *Cristo en las rodillas de la Virgen*. El asunto es el mismo en la apariencia y los cuadros son muy diferentes. Rubens ha colocado en las rodillas de la divina Madre un Jesús niño, Alberto Durero ha arrojado en ellas un Cristo crucificado. Nada iguala á la gracia del primer cuadro, si no es la angustia del segundo. Cada uno de los dos pintores ha seguido la inspiracion de su génio. Rubens ha elegido la vida, Alberto Durero ha elegido la muerte.

Otro cuadro, donde la angustia y la gracia están mezcladas, es una preciosa pintura sobre cuero, del siglo diez y seis, que representa el interior del sepulcro de Santa Cecilia. El cuadro está formado de todos los principales hechos de la vida de la santa. En el centro, en una sombría cripta, la santa está echada á lo largo con la cara dando en el suelo, con su vesti-

do brillante, con el corte del hacha en el cuello, llaga rósea y delicada, que parece una boca encantadora que se quisiera besar de rodillas. Se cree que vá á oírse la voz de la santa música salir y cantar por la boca de la herida. Por debajo del sepulcro abierto se lee en letras de oro lo siguiente: *En tibi sanctissimæ virginis Cecilie in sepulchro jacentis imaginem, prorsus eodem corporis situ expresam.* En efecto, en el siglo diez y seis, un Papa, Leon X, según creo, hizo abrir la tumba de Santa Cecilia, y esta interesante pintura no es otra cosa, según se dice, que un retrato exacto del milagroso cadáver.

En el centro de la colegiata, á la entrada del coro, en el punto de intersección del crucero y la nave, es donde desde Maximiliano II se coronaba á los emperadores.

Yo ví en un rincón del crucero, envuelta en una bolsa de papel de estraza que presentaba la forma de una chichonera de niño, la inmensa corona imperial con el armazón chapado de oro que se suspendía por encima de su cabeza durante la ceremonia, y me acordé que hace un año ví el tapiz flordelisado de la consagración de Carlos X, rollado, atado con un bramante y olvidado en un carricoche en los rincones de la catedral de Reims. A la derecha misma de la puerta del coro, precisamente al lado del sitio donde se coronaba al emperador, el enmaderamiento gótico ostenta complaciente esta antítesis esculpida en roble: San Bartolomé despellejado, llevando su piel al brazo, y mirando desde su izquierda al diablo encarado en una magnífica pirámide de mitras, diademas, cimeras, tiaras, cetros, espadas y coronas. Algo más allá, el nuevo César podía, bajo las tapicerías en que sin duda se le ocultaba, entrever á veces de pié, en la sombra que proyecta en la pared, como una aparición siniestra, el espectro de piedra de ese infortunado pseudo-emperador Gunther de Schwarzbouurg, brillando la fatalidad y el odio en los ojos, teniendo en un brazo su escudo con el león rampante y en el otro su casco imperial; soberbia y terrible sepultura, que por espacio de doscientos treinta años ha asistido á la entronización de los emperadores, y en la que la tristeza del granito ha sobrevivido á todas esas decoraciones de cartón pintado y madera dorada.

Quise subir al campanario. El glockner que me había acompañado por la iglesia, y que no sabía una palabra de

francés, me abandonó al subir los primeros peldaños de la escalera de caracol, y emprendí la ascensión solo. Llegado arriba encontré la escalera obstruida por una barrera de puntas de hierro; llamé y nadie me contestó, por lo que tomé el partido de saltar al otro lado de la barrera. Franqueado el obstáculo, me encontré en la plataforma del Pfarthurm. Allí se me ofreció un encantador espectáculo. Encima de mi cabeza un hermoso sol; á mis piés toda la ciudad; á mi izquierda la plaza del Rómer; á mi derecha la calle de los Judíos, colocada como una larga é inflexible arista negra entre las casas blancas; aquí y allá algunas prominencias de antiguas iglesias no muy salientes, dos ó tres altas atalayas blanqueadas de torrecillas, esculpidas con el águila de Francfort y reproducidas, como si fuesen ecos, en el fondo del horizonte, por las tres ó cuatro torres-vigías viejas que marcaban en otro tiempo los límites del reducido Estado libre; tras de mí el Mein, balsa de plata listada de oro por la estela de los buques; el viejo puente con los techos de Sachshausén y las paredes rojizas de la antigua casa teutónica; alrededor de la ciudad un espeso cinturón de árboles; más allá de los árboles una gran mesa redonda de campiñas llanas y campos labrados, cerrándola las cumbres azules del Taunus. Mientras que yo fantaseaba no sé qué desvarío, arrimado á los restos del campanario, que quedó truncado en 1509, han aparecido nubes y han girado por el cielo, empujadas por el viento, cubriendo y descubriendo á cada instante anchos desgarrones de azul y dejando caer por todas partes sobre la tierra grandes manchas de sombra y de luz. Esta ciudad y este horizonte estaban así admirables. El paisaje no está nunca tan bello que cuando se engalana con su piel de tigre. Yo me creía solo en la torre, y así hubiese permanecido todo el día. Pero de repente se dejó oír á mi lado un ligero ruido; volví la cabeza y ví una muchacha de unos catorce años, que me miraba sonriéndose medio asomada en una ventanilla. Me arriesgué á dar algunos pasos, rebasé un ángulo del Pfarthurm, que no había franqueado todavía, y me encontré en medio de los habitantes del campanario. Había allí un pequeño mundo tranquilo y feliz. La jóven que hacia calceta; una vieja, una madre sin duda, que hilaba su torno; palomos que arrullaban encaramados en las gárgolas del campanario; un mono hospitalario

que te tendía la mano desde el fondo de su chocita; las pesas del gran reloj que subían y bajaban con sordo ruido y se divertían en hacer mover las figuritas en la iglesia donde se ha coronado á los emperadores; añade á esto esa paz profunda de los lugares elevados, formada con el murmullo del viento, los rayos del sol y la belleza del paisaje—¿no es verdad que es un conjunto puro y encantador?—De la jaula de las antiguas campanas la jóven ha hecho su aposento; en él ha puesto su cama á la sombra; allí canta como cantaban las campanas, pero con voz más dulce, para ella y para Dios solamente. De uno de los cimbalillos no concluidos, la madre ha hecho la chimenea del reducido fuego donde la viuda cuece su pobre marmita. Hé aquí lo que se vé desde lo alto del campanario de Francfort. ¿Cómo y por qué esta colonia está allí y qué hace allí? Lo ignoro, pero lo admiro. Esa orgullosa ciudad imperial, que ha sostenido tantas guerras, que ha recibido tantas bombas, que ha entronizado tantos Césares, cuyas murallas eran como una armadura, cuya águila sujetaba con sus dos garras las diademas que el águila de Austria colocaba sobre sus dos cabezas, está hoy dominada y coronada por el humilde hogar de una vieja, del cual sale un poco de humo.

CARTA XXV.

El Rhin.

De dónde sale.—Suiza, el Rhin.—Aspectos.—Parecido de un río á un árbol.—El trayecto de Maguncia á Colonia.—Detalles.—Dónde principia á encajonarse el río.—Dónde acaba.—Cuadros.—Las vides.—Las ruinas.—Las aldeas.—Las ciudades.—Historia y arqueología mezcladas.—Bingen.—Oberwesel.—Saint-Goar.—Neuwied.—Andernach.—Linz.—Sinzig.—Boppard.—Caub.—Braubach.—Coblenza.—Lo que ha espantado al autor en Coblenza.—Museos.—Qué pintores han tenido cada ciudad.—Curiosidades y baratillo.—Paisajes del Rhin.—Lo que ha sido el Rhin.—Lo que es.—Navegación contra la corriente.—El barco-flecha.—El dampschiff.—El barco de vela.—La gran almadía.—Curiosos detalles sobre las antiguas grandes flotaciones del Rhin.—Veinticinco buques de vapor todos los días en movimiento.—Paralelo entre la antigua navegación y la nueva.—Cuarenta y nueve islas.—Recuerdos.—Una jovialidad de Schinderhannes al encontrar un grupo de judíos.—Lo que hicieron en 1400 en una iglesia de aldea los cuatro electores del Rhin.—Detalles secretos y desconocidos de la deposición de Wenceslao.—El Königsstühl.—El autor reconstruye el Königsstühl, hoy desaparecido.—De qué manera y en qué forma se hacia allí la elección de los emperadores.—Lo que eran los siete electores del Sacro-Imperio.—La elección en el Rómer de Francfort comparada con la elección en el Königsstühl.—Cosas inéditas é ignoradas de la historia.—El pendón imperial.—Lo que era antes de Lotario.—Lo que Lotario cambió en él.—Lo que ha sido después.—El águila de dos cabezas.—Su primera aparición.—Lo que el pueblo deducía de la manera como el pendón flotaba.—Caída del pendón.—Vista de Caub.—Extraño aspecto del Pfalz.—Lo que es

esto.—Los castillos del Rhin.—Enumeración.—Cuántos hay.—Qué nombres tienen.—Sus fechas.—Sus historias.—Quién los ha edificado.—Quién los ha destruido.—Destino de todos.—Detalle de cada uno.—Ojeada por los valles.—Siete ruinas en el Wisperthal.—Una abadía y seis fortalezas en los Siete-Montes.—Tres ciudadelas en la llanura de Maguncia.—El Gotesberg en la llanura de Colonia.—Himno á los castillos del Rhin.

Maguncia 1.º de Octubre.

Un arroyo sale del lago de Toma en la pendiente oriental de San Gotardo; otro arroyo sale de otro lago al pié del monte Lukmanierberg; un tercer arroyo rezuma de un ventisquero y descende á través de las rocas de una altura de mil toesas. A quince leguas de sus orígenes, estos arroyos vienen á confluír en el mismo barranco, cerca de Reichenau. Allí se mezclan los tres. ¿No admiras, amigo mío, de qué manera tan poderosa y sencilla la Providencia produce las grandes cosas? Tres pastores se encuentran y forman un pueblo; tres arroyos se juntan y forman un río.

El pueblo nace el 17 de Noviembre de 1307 por la noche, á la orilla de un lago, donde tres pastores acaban de abrazarse: ese pueblo se levanta, invoca á Dios, que crea á los aldeanos y á los Césares, y después corre á desafiar las matanzas y las horcas. Gigante rústico, se coge cuerpo á cuerpo con el soberano gigante el emperador de Alemania. En Kassnach quebranta al baile Gessler, que hacia adorar su sombrero; en Sarnen al baile Landenberg, que hacia saltar los ojos á los viejos; en Thalewyl al baile Wolfenschiess, que mataba las mujeres á hachazos; en Morgarten al duque Leopoldo; en Morat á Carlos el Temerario. Entierra bajo la colina de Buttisholz los tres mil ingleses de Enguerrand de Coucy. Tiene á raya á la vez á los cuatro formidables enemigos que le cercan de los cuatro puntos cardinales; bate en Sempach al duque de Autriche, en Granson al duque de Borgoña, en Chillon al duque de Saboya, en Novara al duque de Milán; y notemos de paso que en Novara, en 1513, el duque de Milán era duque por el derecho de la espada y se llamaba Luis XII, rey de Francia. Cuelga de un clavo en sus arsenales, encima de sus trajes de aldeano, al lado de los collares de hierro que le destinaban, las espléndidas armaduras ducales de los príncipes vencidos; tiene grandes ciudadanos, comenzando por Guillermo Tell; después los tres libertadores; luego Pedro Collin y Gundoldingen, que han dejado su

sangre empapada en el estandarte de la ciudad, y Conrado Baumgarten, y Scharnackthal, y Winkelried, que se arrojaba entre las picas como Curcio en el abismo; lucha en Bellinzona por la inviolabilidad del suelo y en Cappel por la inviolabilidad de la conciencia; pierde á Zuinglio en 1531, pero liberta á Bonnard en 1536, y desde entonces está en pié. Ha realizado su destino entre los cuatro colosos del continente, firme, sólido, impenetrable, y ha sido lazo de civilización, asilo de la ciencia, refugio del pensamiento, obstáculo á las invasiones injustas, punto de apoyo á las resistencias legítimas. Desde hace seiscientos años, en el centro de Europa, en medio de una naturaleza severa, bajo la mirada de una Providencia bienhechora, esos grandes montañeses, dignos hijos de las grandes montañas, graves, fríos y serenos como ellas, sometidos á la necesidad, celosos de su independencia, en presencia de las monarquías absolutas, de las aristocracias ociosas y de las democracias envidiosas, viven de la fuerte vida popular, practicando á la vez el primero de los derechos, la libertad, y el primero de los deberes, el trabajo.

El río nace entre dos murallas de granito, dá un paso y se encuentra con Andeer, ciudad romana, el recuerdo de Carlo-Magno; con Coire, la antigua Curia, el recuerdo de Druso; con Feldkirch, el recuerdo de Massena; despues, como consagrado para los destinos que le esperan por ese triple bautismo germánico, romano y francés, dejando el espíritu indeciso entre su etimología griega ΠÉΕΥ y su etimología alemana *Rinnen*, que ambas significan *circular*, circula en efecto, traspasa el bosque y la montaña, gana el lago de Constanza, salta en Schaffhouse, rodea y contornea las espaldas de las cimas del Jura, lame las faldas de los Vosgos, horada la cadena de los volcanes muertos del Taunus, atraviesa las llanuras de la Frise, inunda y cubre las hondonadas de la Holanda, y despues de haber cavado en las rocas, las tierras, las lavas, las arenas y los cañaverales un barranco turtuoso de doscientas setenta y siete leguas, despues de haber paseado en el gran hormiguero europeo el ruido perpétuo de sus ondas, que puede decirse formado con la eterna querrela del Norte y del Mediodía, despues de haber recibido doce mil corrientes de agua, regado ciento catorce ciudades, separado, ó mejor dicho, dividido once naciones, arrastrando en su

espuma y mezclando á su rumor la historia de treinta siglos y de treinta pueblos, se pierde en el mar. Río-Proteo, cintura de los imperios, frontera de las ambiciones, freno de los conquistadores, serpiente del enorme caduceo que extiende sobre Europa el dios Comercio, gracia y adorno del globo, larga cabellera verde que arrastra hasta el Océano.

Tres pastores, tres arroyos. La Suiza y el Rhin se engendran de la misma manera en las mismas montañas.

El Rhin tiene todos los aspectos. Tan pronto es ancho como estrecho. Es verduoso, transparente, rápido, alegre, con esa gran alegría propia de todo aquel que es poderoso. Es torrente en Schaffhouse, remolino en Laufen, riachuelo en Sickingen, río en Maguncia, lago en San Goar, pantano en Leyde.

Dicen que se calma y languidece hácia la tarde como si se adormeciese, fenómeno más pronto aparente que real, y visible en todas las grandes corrientes de agua.

Lo tengo dicho no sé dónde; la unidad en la variedad es el principio de todo arte completo. Bajo este supuesto, la naturaleza es la más grande artista que existe. Jamás abandona una forma sin haberle hecho recorrer todos sus logaritmos. Nada se parece menos en apariencia que un árbol y un río, y sin embargo, en el fondo el árbol y el río tienen la misma línea generadora. Examinad en el invierno un árbol despojado de sus hojas y acostadle con el pensamiento de plano en el suelo, y tendreis el aspecto de un río visto por un gigante á vista de pájaro. El tronco del árbol será el río, los brazos serán las corrientes, las ramas grandes y las ramas pequeñas serán los torrentes, los arroyos y los manantiales; el ensanche de la raíz la embocadura. Todos los ríos, vistos en un mapa, son árboles que llevan ciudades tan pronto en el extremo de las ramas como de los frutos, tan pronto en el hueco de los brazos como de los nidos, y sus afluentes y sus innumerables afluentes imitan, siguiendo la inclinación de las vertientes y la naturaleza de los terrenos, los empalmes variados de las diferentes especies vegetales, que todos, como se sabe, tienen sus retoños más ó menos separados del tronco, segun la fuerza especial de su savia y la densidad de su madera. Si se considera el Rhin de esta manera, es de notar que la idea real que parece unida á este robusto río no le abandona despues. La Y de casi todos los afluentes

del Rhin, del Murg, del Neckar, del Mein, del Nahe, del Lahn, del Mosela y del Aar, tiene una abertura de cerca de noventa grados. Bingen, Niederlanstein, Coblenza, están en los ángulos rectos. Si con el pensamiento se coloca de pié en el suelo la inmensa silueta geométrica del río, el Rhin aparece llevando todas sus corrientes con el brazo extendido y toma la figura de una encina.

Los innumerables arroyos en que se divide antes de llegar al Océano son sus raíces puestas al descubierto.

La parte del río más célebre y más admirada, la más rica para el geólogo, la más curiosa para el historiador, la más importante para el político, la más bella para el poeta, es ese trozo del Rhin central que, de Bingen á Koenigswinter, atraviesa de Levante á Poniente el negro caos de colinas volcánicas que los romanos llamaban los Alpes de los Cattes.

Aquí está ese famoso trayecto de Maguncia á Colonia, que casi todos los turistas hacen en catorce horas en las largas jornadas del verano. De esta manera se siente la fascinación del Rhin, pero nada más. Cuando un río es rápido, para verle bien es preciso remontarle y no descenderle. Por lo que á mí se refiere, como tú sabes he hecho el trayecto de Colonia á Maguncia y he invertido un mes.

De Maguncia á Bingen, como de Koenigswinter á Colonia, hay siete ó ocho leguas de ricas llanuras verdes y rientes, con hermosos pueblecitos felices á la orilla del agua. Pero como te decia hace poco, el gran encajonamiento del Rhin comienza en Bingen por el Rupertsberg y el Niederwald, que son dos montañas de esquisto y de pizarra, y acaba en Koenigswinter, al pié de los Siete-Montes.

Aquí todo es bello. Las vertientes sombrías de las dos orillas se reflejan en las anchas escamas del agua. La rudeza de las pendientes hace que la vid se cultive en el Rhin del mismo modo que los olivares en las costas de la Provenza. Allá donde cae un rayo del Mediodía, si la roca hace una pequeña cornisa, el labrador lleva allí á fuerza de brazo sacos y capazos de tierra, y en esa tierra, en la Provenza, planta un olivo y en el Rhin planta una cepa. Despues afirma su terraplen con un muro de piedras secas que refieren la tierra y dejan pasar el agua. Aquí, por exceso de precaución, para que las lluvias no arrastren la tierra, el que

cultiva la viña la cubre, como un techo, con las pizarras destrozadas de la montaña. De este modo en el flanco de las rocas más abruptas, la viña del Rhin como el olivo del Mediterráneo, crecen sobre especies de consolas puestas encima de la cabeza del que pasa, como el tiesto de flores colocado en una buhardilla. Todos los repechos suaves están erizados de cepas.

Por lo demás, es un trabajo muy ingrato. Hace ya diez años que los ribereños del Rhin no han tenido una buena cosecha. En muchos sitios, y especialmente en Saint-Goarshausen, en el país de Nassau, he visto viñedos abandonados.

Por bajo de todos estos espaldones de piedras secas, que siguen las mil ondulaciones de la pendiente, y á los cuales las estrías de las rocas daban necesariamente casi siempre la forma de una media luna, sobrepuestos de la franja verde de las viñas, asegurados y como pegados á los salientes de la montaña por sus dos extremos, que van adelgazándose, figuran innumerables guirnaldas suspendidas en la muralla austera del Rhin.

En el invierno, cuando la viña y el suelo se oscurecen, esos terraplenes de un gris sucio se asemejan á esas grandes telas de araña colocadas y sobrepuestas en los ángulos de las casuchas abandonadas, especie de hamacas repugnantes donde está amontonado el polvo.

A cada vuelta del río se desenvuelve un grupo de casas, una ciudad ó un pueblo. Por encima de cada grupo de casas se eleva un castillejo arruinado. Las villas y las aldeas, cubiertas de remates, torrecillas y campanarios, hacen de lejos el efecto de una flecha erizada de dientes colocada en el extremo bajo de la montaña.

Con frecuencia los caserios se prolongan á la orilla del ribazo en forma de *cola*, animados por lavanderas que cantan y niños que juegan. Aquí y allá una cabra ramonea los tiernos retoños de los mimbrerales. Las casas del Rhin se parecen á grandes cascos de pizarra colocados á la orilla del río. La trabazon exquisita de las vigas pintadas de rojo y azul sobre el yeso blanco hace el ornato de la fachada. Muchas de esas aldeas, como las de Bergheim y de Mondorf cerca de Colonia, están habitadas por pescadores de salmon y fabricantes de canastillos. En los hermosos días del verano, esto ofrece espectáculos encantadores: el cestero trenza su canasta en el